

El Ideal

PATRIA Y REPÚBLICA.—MORALIDAD Y JUSTICIA

(NÚMERO ILUSTRADO)

Madrid 16 de Abril de 1893

AÑO I

Suplemento al número 16

ADVERTENCIA

Este número especial se publicará en lo sucesivo en esta forma para que puedan tener cabida los grabados con que nos proponemos ilustrarlos.

La cabeza que hoy lleva el número es provisional.

Dificultades imposibles de vencer nos impiden hoy dar la que expresamente ha hecho el conocido y distinguido dibujante Sr. Lozano.

LA SEMANA POLÍTICA

ACTAS.—LA ALCALDIA DE MADRID.—EL DISGUSTO DE LA MAYORÍA.—FINAL.

Ha seguido siendo el Congreso de los diputados el más concurrido de todos los círculos políticos, que acudían vencedores ó vencidos á defender ó á impugnar actas electorales.

Las Audiencias públicas, concedidas por la Comisión, se parecen como las gotas de agua, porque en todos los distritos de España se ha representado la misma comedia. Farsa electoral, en la que tienen su papel los múltiples vicios sociales, no compensados nunca, ni aun por la sombra de una virtud. Caciques que atropellan á los pueblos; gobernadores que amparan á los caciques; ministros que apoyan y alientan á los gobernadores. La eterna cadena de concesiones recíprocas, de servicios mutuos, de infamias comunes, que han convertido la lucha política en nuestro país en vergonzosa pelea de ambiciones, robándole su legítimo carácter de lid franca y generosa. ¡Para qué enumerar los amaños de unos distritos y de otros! Todos iguales y lo mismo. Actas que se roban, actas que se falsifican, actas que se pierden. Recriminaciones de banco á banco. Pruebas numerosas de múltiples infamias.... Y aún se habla de regenerar el sistema parlamentario. Hay que regenerarlo, sí; pero la regeneración necesita comenzarse en lo hondo de esta sociedad, que han perturbado los políticos de oficio. Hay que restablecer la normalidad en los pueblos, para que la vida nacional sea posible. De seguir por el camino emprendido, España, en vez de seguir la evolución progresiva que la ley del tiempo marca, retrocedería al estado de los pueblos despóticamente regidos.

El duelo entre el gobernador civil de Madrid y el conde de San Bernardo terminó con la dimisión del alcalde. Pica ya en

historia lo que sucede con los alcaldes de Madrid, alcaldes del rey con los que nada tiene que ver el pueblo, el cual no los elige y al cual se los imponen.

Los concejales monárquicos hostilizan al presidente; éste asegura que le falta el auxilio de sus propios correligionarios, y yendo de unos en otros las culpas, nunca encuentran remedio los graves males del Municipio de la capital de España.

El nuevo alcalde es D. Santiago Angulo, ministro que fué por casualidad, revolucionario antiguo y realmente hombre de rutina de aquellos que siguieron á Sagasta después de la ruptura con los radicales. No hay esperanza ninguna que cifrar en el nuevo alcalde. Viene con fines puramente electorales, para dar la batalla á los republicanos, según dicen los fusionistas, sin comprender que ya es tarde para dar batallas, después de haber ganado la decisiva.

Los disgustos entre los diputados de la mayoría son cada vez mayores. ¡Aún no peroran y ya disienten! Estas Cortes serán las menos compactas y disciplinadas de cuantas tuvieron los gobiernos monárquicos. Estas Cortes están compuestas de grupitos puramente personales, grupitos que con su heterogeneidad acarrearán la muerte total del organismo que forman.

Hasta los periódicos monárquicos se quejan de la tendencia separatista que empieza á dibujarse en las filas de la mayoría; de modo que no habrá que aguardar mucho para ver cómo empiezan las discusiones que darán en tierra con el Ministerio de notables, primero, y con la situación liberal después.

Todo esto, por supuesto, sin contar con los acontecimientos próximos. El pronóstico de tales acontecimientos es naturalísimo. El comercio, la agricultura, las fuentes tadas de riqueza nacional hallanse en un lamentable estado. Se requiere un movimiento enérgico de la Patria para destruir de una vez los males que la arruinan y envilecen.

TRISTÁN.

UN MAL NEGOCIO DEL DIABLO

(CUENTO CON SUS PUNTAS DE PIADOSO)

I

No aclaran bien las crónicas si era todavía en los últimos años del siglo XIV ó ya en los primeros del XV, cuando en lo más alto del escueto picacho que por la parte de saliente domina la villa de Torreahumada de los Claveros, existía una punto menos que derruida ermita habitada por un piadoso anacoreta que fama, y no por cierto usurpada, tenía en la comarca entera de ser el más acabado compendio de virtudes y el mejor espejo en que alma cristiana pudiera mirarse.

Cómo enumerar las bondades de fray Millán del Abrojo, que tal era el nombre del piadoso eremita, fuera tarea punto menos que interminable, basta á nuestro propósito consignar que, por más que cuantos le conocían, santos hubieran quitado de los altares para poner al fraile, tal era su sencilla y acrisolada piedad que sólo á Dios le había sido dado premiarla otorgándole una recompensa mucho más preciosa que todas las humanas grandezas. Esta era la más inmutable paz de conciencia y la más serena tranquilidad de espíritu que ser humano disfrutara jamás en la tierra.

II

Un día, sin embargo, aquella paz se turbó un punto. El único que, tal vez por hallarse corroído por la caries de la incredulidad, enfermedad que por más que digan era ya conocida en aquellos tiempos, no había recurrido nunca en busca de consuelos á la derruida ermita, era cierto Pero Antúnez, cabeza de una dilatada familia y pastor, desde hacía largos años, del numeroso ganado cabrio que poseía un poderoso señor feudal de aquellos contornos.

El día á que nos referimos, Antúnez, entró con el semblante descompuesto en la modesta vivienda del anacoreta, y arrojándose á los pies de este, exclamó sin más preámbulos:

—Padre mío, los lobos me han comido la pasada noche las cinco mejores cabras de mi hato. Mi señor acaba de decirme que si mañana á la madrugada no le entrego, cornado sobre cornado, el importe de ellas, me dé por despedido; y como yo no tengo otro medio de ganar el pan de mis hijos, si hoy no encuentro ese dinero, mañana me rompo la cabeza contra una peña y así acaban de una vez mis cuitas.

—¿Y qué pretendes de mí?

—Poca cosa. ¿No habéis dicho muchas veces que el Dios que no abandona al mísero gusanillo que se arrastra por la tierra no puede dejar de prestar su divino amparo al que con fe recurre á él? Pues bien, figuraos que yo, tomandoos por intermediario, vengo á pedirle ese dinero.

Fray Millán le miró primero con asombro, movió después lentamente la cabeza comprendiendo que lo que el cabrero pedía era imposible; pero, al fin, creyendo adivinar en las palabras del peticionario, algo como á modo de reto al inexcrutable poder divino, irguió su encorvado cuerpo y contestó con la seguridad de un inspirado:

—Si me das palabra de que esa suma ha de servir para hacerte abrir los ojos á la fe, cuenta con ella. No se de dónde ha de salir; pero ten por seguro que mañana, antes de que raye el día, encontrarás aquí el dinero que necesitas.

Había tal convicción en las palabras del anacoreta, que Antúnez no dudó un punto y se arrojó á sus pies con ánimo de besarle las sandalias. Fray Millán, sin embargo, levantándole con humildad le señaló un toco crucifijo que pendía de la pared, y murió con unción:

—A ese, y no á mí, debes todo reconocimiento.

III

Por mucha que fuera la confianza que el eremita tuviera en el poder del Supremo Hacedor, no se le ocultaba que hay mucho de verdad en aquello de *ayúdate y te ayudará*; así es que en vez de hacer lo que cuentan las leyendas piadosas, que hacían en casos análogos los santos, esto es, aguardar pacíficamente á que del cielo les lloviera lo que, por medio de oraciones, pedían, se caló la capucha, echó un nudo más al cordón de sus hábitos y salió de su retiro con ánimo de no dejar casa en el pueblo vecino á que no acudiera con la importunidad de sus peticiones.

Mas ¡ay! su trabajo fué estéril. Al dar vuelta á su morada solo había podido coleccionar en el fondo de una de sus mangas hasta una docena de monedas de cobre más roñosas que el ánimo de los que hasta entonces las habían tenido en depósito.

Pensando iba fray Millán en que aquel incidente no sólo dejaba en descubierto á la divina persona de quien él se había constituido en fiador, sino que al par comprometía seriamente la eterna salvación del cabrero, cuando de pronto una sombra interpuesta en su camino le detuvo, diciéndole:

—El conflicto en que os hallais sólo yo puedo resolverlo. Basta que vos queráis, y ahora mismo os entrego el doble de la suma que os hace falta.

IV

Fray Millán quiso ver el rostro de su interlocutor; pero una ancha capa que le cubría no le dejó percibir más que dos ojos cuya fosforescencia le deslumbró.

—¿Quién sois?—se atrevió á preguntar.

—El diablo—contestó con flema el embozado.

El eremita iba á hacer la señal de la cruz; pero el aparecido, deteniéndole con rápido movimiento, murmuró:

—Ved que vengo á proponeros un negocio. Si me ahuyentáis, vos perdéis tanto como yo.

Y viendo que el religioso le obedecía, se apresuró á añadir:

—La experiencia me ha enseñado que la mayor parte de las veces, y por fortuna mía, la virtud de los hombres no pasa de dientes afue-

ra. A vos os he tentado muchas veces, y voy temiendo que seais una de las raras excepciones de esta regla. Ahora bien; aquí he venido para someteros á una prueba que hasta ahora no he intentado con nadie.

—¿Y cuál es esa prueba?—preguntó el fraile con curiosidad.

—Voy á deciroslo; pero antes tengo que haceros una pregunta. Si viérais un hombre condenado á muerte y pudiérais salvarle á costa de vuestra vida, lo haríais?

—No titubearía un punto. Pondría mi cabeza y diría al hombre: eres libre.

—Así lo creo—afirmó el diablo con convicción—pero con eso y todo no os doy por exento de egoísmo.

No era el defecto de Fray Millán el orgullo, y sin embargo, aquellas palabras le hirieron.

Su interlocutor que lo notó, se apresuró á continuar:

—Me explicaré: Para vos, el cuerpo no es nada, el alma lo es todo. Si el hombre de que os hablo en vez de estar condenado á muerte, lo estuviera á las penas del infierno, ¿cambiaríais de suerte con él?

El eremita palideció horriblemente, sostuvo durante breve espacio una de esas luchas interiores en que los segundos son siglos, y al cabo, irguiendo la frente, respondió con entereza:

—Sí.

—Esa era mi prueba—contestó el diablo.

Fray Millán sintió una irresistible comezón de huir; pero su interlocutor le detuvo, diciendo:

—Harto sabéis que la eterna salvación de Pero Antúnez depende de que mañana encuentre en vuestra celda el importe de las reses que ha perdido, y ya os hedicho que en esa bolsa hay el doble de esa suma. Para que es la entregue, no tenéis que hacer más que poner vuestro nombre en este pergamino.

—¿Y qué contiene ese escrito?

—Un contrato en toda regla, mediante el cual me vendeis vuestra alma. ¿Estáis dispuesto á firmar?

—¡Jamás!—respondió el eremita con espanto.

El diablo lanzó una sarcástica carcajada, murmurando:

—No me engañaba: No valéis ni más ni menos que los demás. Creyendoos virtuosos á macha martillo no titubeais en dar al prójimo lo que para vosotros no tiene valor alguno; pero cuando se trata de algo que os interese de veras, la humanidad entera os da un ardite. Verdad es que para vosotros la virtud no es otra cosa que una jugada que haceis en la tierra para cobrarla en el cielo.

El fraile bajó á su pesar la frente. Con dolor comprendía que el diablo, por más que procure no sacarla á plaza, tiene una moral más alta que la que se usa por aquí abajo, y se sintió humillado.

De nuevo la lucha interior volvió á agitar su pecho; pero, como siempre, logrando vencerse á sí mismo, exclamó con decisión:

—Dadme recado de escribir.

El diablo cortó una púa de los brezos que bordeaban el camino, diciendo:

—Pinchad en una de vuestras venas, que con una gota de sangre os sobra para firmar el pacto.

Fray Millán obedeció sin replicar y con mano firme escribió su nombre al pie del pergamino.

Un momento después entraba en la ermita oprimiendo convulsivamente entre sus dedos una bien repleta bolsa.

V

A la mañana siguiente Pero Antúnez, no sólo pudo saldar su cuenta con su señor, sino que le quedó una regular suma que le sirvió de base para crearse una hacienda propia.

Para él, el dinero del diablo fué tan fecundo en bienandanzas, que no sólo le dió el bienestar en la tierra, sino que le allanó el camino de la eterna gloria. Viendo en aquel inesperado incidente, que el eremita tuvo buen cuidado de no aclararle, la mano del Dios de las misericordias, de incrédulo que era tornóse en modelo de piedad y ejemplo de virtudes.

En cambio, para el caritativo eremita aquél fué un golpe mortal. Su placidez no tardó en convertirse en negra melancolía. Sus bondades no disminuyeron, pero ya el practicar el bien no fortalecía su cuerpo macerado por los ayunos y las penitencias, y una de esas enfermedades que más parecen cebarse en el alma que [en el mismo barro que la contiene, acabó por postrarle en el montón de paja que le servía de lecho.

Una mañana entró el cabrero lleno de júbilo en la ermita á depositar parte de sus ahorros en manos del monje. Cuando salía, dos lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas. De fray Millán del Abrojo no quedaba sobre la tierra más que la perecedera escoria.

VI

¿Qué hizo aquel alma pura, al verse libre de la cárcel del cuerpo? Lo que era natural: buscar su centro. Y como el centro de las almas, que sólo la virtud conociera, es el cielo, con una rapidez que el pensamiento no alcanza á concebir, llegó á las puertas del empíreo el alma de fray Millán.

Ya San Pedro había descrito los áureos cerrojos que, según personas bien informadas, cierran la morada celestial; ya el bien aventurado eremita iba á tomar el puesto que de derecho le pertenecía, cuando una mano de esas que tienen el poder de asir lo impalpable se aferró á la blanca vestidura que á aquel immaculado espíritu circundaba, mientras una voz agria y desapacible, susurraba con fatídico acento:

—¡Esta alma es mía!

Al decano de los apóstoles no le fué posible ver con calma, que el diablo, que no era otro el que decomisar pretendía el alma de fray Millán, se atreviese á meter la hoz, en lo que tan de sus celestes dominios consideraba, y no siendo dueño de sí mismo, gritó con desahucio:

—Vete al infierno, que es tu lugar, y déjate de burlas, ¡que ya que no mi jerarquía, respeto debieran inspirarte mis canas.

El diablo le miró con sorna, y por toda respuesta, le tendió el pergamino, exclamando:

—Ved si ese documento está en regla.

San Pedro se quedó perplejo, al leer el pacto. Por un momento dudó qué partido tomar; pero, al fin, pudiendo más su fogosidad que su prudencia, gritó:

—Pues, así y todo, por las llaves que el hijo de Dios puso en mis manos, te juro que no consentiré en darte este alma. Si ella no tiene un puesto en el Paraíso, declaro que no pasan de dos docenas las que ahí dentro deben de estar. Así da por nulo ese escrito, y toma el camino del infierno, antes de que te lo haga entender de otra manera.

Y diciendo estas palabras echó mano con tan vigoroso arranque al alma del fraile, que ya iba el diablo á dar por perdida su presa, cuando de pronto San Pedro quedó estático, y su adversario se llevó la mano á los ojos, como heridos por una luz más viva que la de todos los astros reunidos.

El Eterno Padre acababa de aparecer en los umbrales de su morada celestial.

VII

Cuando los dos contendientes, previo el superior permiso, hubieron hecho sucinto relato de la causa de su querrela, el Supremo Hacedor dijo:

—Por mi eterna justicia, que este caso no le tenía previsto.

Y después de hacer señal al diablo y al alma de fray Millán de que aguardara, llamó aparte á San Pedro, con el que celebró breve, pero agitado consejo.

Una vez terminado, el Eterno Padre pronunció estas palabras:

—La verdad es que uno y otros tenéis razón, y que mi bondad es la sola causa de este conflicto, que jamás debe reproducirse.

Y particularizándose con el diablo, añadió:

—Ahora comprendo que nunca debí concederte el privilegio de comprar almas; y para evitarnos lances como el presente, te advierto que desde hoy te retiro la concesión, dado por nulo, y sin ningún valor ni efecto, todo pacto que los hombres celebren contigo. Sin embargo, como esta alma, en buena ley, la has ganado y no debo perjudicarte en tus intereses, lo único que puedo hacer es comprártela á mi vez. Formula tus condiciones, que, como no me parezcan muy onerosas, dispuesto estoy á aceptarlas.

Pocos momentos después entraba el diablo en el infierno con un humor más negro que la pez que hierve en las calderas de Pero Botero.

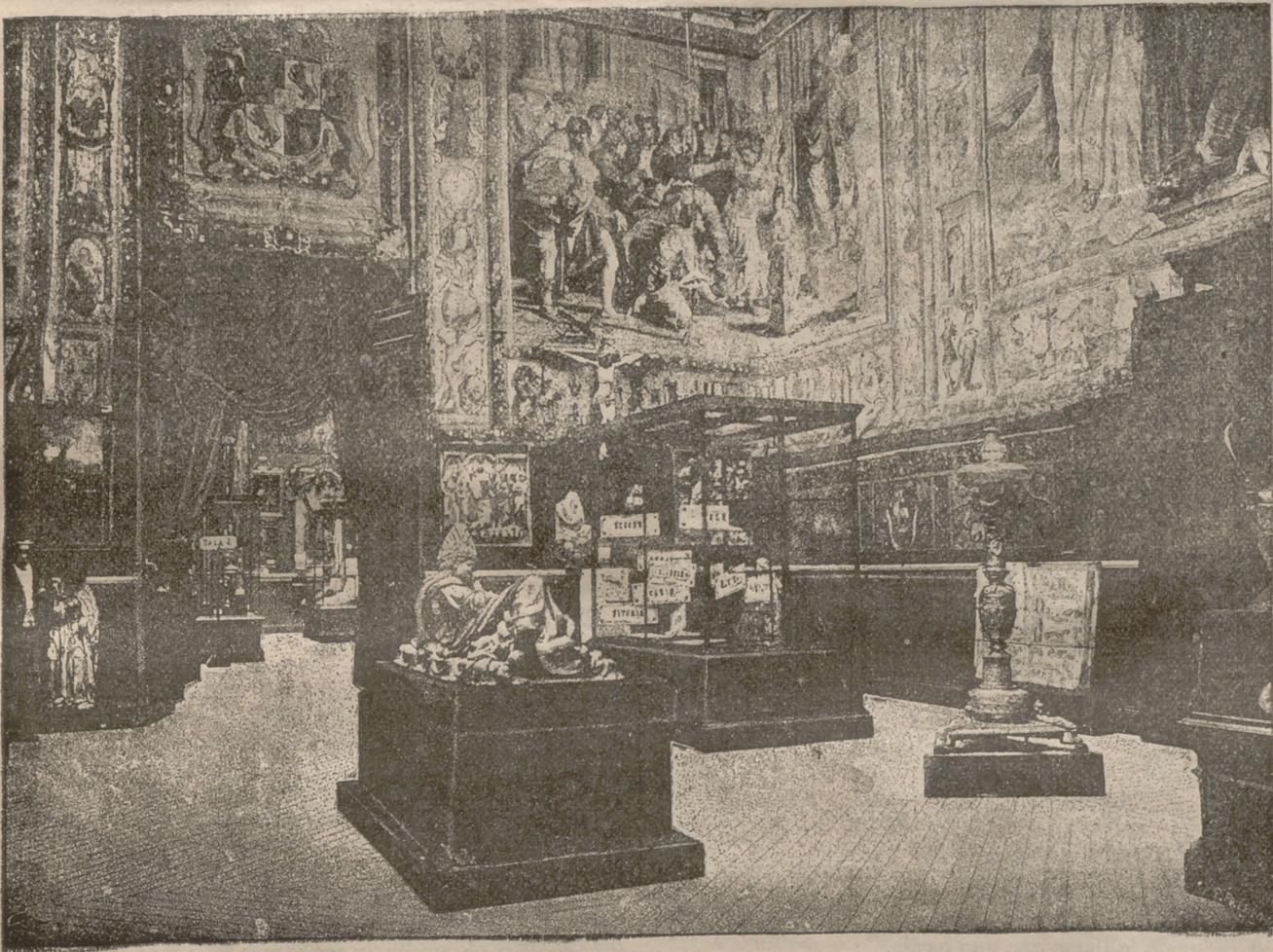
VIII

De las condiciones estipuladas, nada podemos decir. Sólo sabemos que fray Millán goza de la eterna bienaventuranza, y que nadie, desde aquel entonces, ha vuelto á vender su alma al diablo.

Este, que ya va haciéndose viejo, no olvida el mal negocio realizado aquel día, y cuentan que, al presente, no hace más que decir:

—¡Qué lástima! ¡Ahora que el alma más cara me costaría dos pesetas!

ANGEL R. CHAVES.



SALA 7.ª DE LA EXPOSICIÓN HISTÓRICA

A UNA MUJER

(Poesía catalana, de Aniceto Pagés de Puig)

PREMIADA EN LOS JOCS FLORALS DEL 77

Soy, en el yermo de esta triste vida
Un castillo arruinado. La miedosa
Gente, de mí se aleja santiguándose:
Mas no todos me ovidan: en las grietas
De los negruzcos muros desplomados
Cuando el cuervo se va, por un momento
Suelen aletear las golondrinas.
¡Dios se lo pague!

Dios se lo pague, sí; dulces recuerdos
De mi primer amor; lámparas bellas
Qu' aún alumbráis á un ídolo hecho trizas!
Reflejos misteriosos, que dilatan
Podedumbre cruel: vuestra luz muerta
Que al caminante asusta, me seduce.
Santos recuerdos que endulzáis mi vida.
¡Siembre os bendigo!

No sientas, no, mujer, que ahora recuerde
Nuestro pasado amor, de nuestro espíritu
Cándido beso. — No; de tu hermosura
No me quiero acordar, y tus caricias
Ni un punto las perdí. ¡Sueño con ellas!
Tu cuerpo no me atrae; sólo ansío
Aquel amor, aquel amor del cielo
Que ardió en tu alma.

¿Qué fuimos y qué somos? Parecemos
Víctimas de la peste, abandonadas
Por liviano temor. El brillo ardiente
De tus ojos rasgados, tu voz pura,
Tu cuello blanco y tu boquita de ángel:
Todo lo robó el tiempo, y hoy, suspiro
Al verte caminar hacia la tumba
Enferma y fea.

¿Y yo? ¡Dios mío! Si pudieras verme
Aún te atormentarías recordando
El mal que me causaste. Abro los ojos
Y me ciega la luz, tiendo los brazos
Y nada toco, y el pesar me ahoga...
Y como he blasfemado tantas veces,
Aunque ruegue, Dolores, no me amparan.
¡Qué desventura!

Y sólo me da vida tu recuerdo:
Y lo guardo anhelante, como guarda
El viejo peregrino, una reliquia
Falsa, rota, incapaz de hacer milagros.
¡Dichoso él, si confía en su amuleto!
Yo, ni del tiempo aquel, en que llorando
Te confesabas mía, ni de entonces
Tengo certeza.

¡Duda cruel que roe mis entrañas!
¡Triste de mí! Sobre una roca, inmóvil.
Mordiéndome los puños, de sed muero
Mientras las olas á mis pies rebullen...
¿Quién vino á separarnos? Aquel día
Perdiste para siempre, de tu cuerpo
La hermosura gentil; yo la del alma
¡Y aún te idolatro!

¡Oh, sí! ¡Yo te amo aún! Más fácil fuera
Que olvidarte yo á tí, que tú me amaras
Como antes, inocente y pura. Mira
Cuánto será el amor que por tí siento:
Si entrara yo en el cielo y no te hallara,
Tus culpas ante Dios redimiría
Pues para mí no hay gloria ni en el cielo
Sin tu presencia.

A la luz de la llama que aún oscila,
Su sepulcro abandonan mis amores;
Y la noche á que vivo condenado
Apacible la juzgo, clara y bella.

Como entonces, hermosa me pareces,
Y como entonces, con placer te escucho,
Y creyéndote ahora como entonces
Hallo consuelo.

¡Ah! ¡Locuras de amor! Santas mentiras
Que me recuerda sin cesar la fiebre,
No huyáis aún; el miedo sin vosotras
Hace presa de mí. Sed mi delirio.
El fuerte leñador, que taló robles
Allá en su juventud, viejo, aprovecha
Para su hogar las brozas que le ofrecen
Sus nietezuelos.

¡Ay! Me parece que á mi puerta llama
La muerte, y estoy solo. ¡Qué tristeza!
Cuando, siendo muy niños, nos juramos
Enlazar para siempre nuestras vidas,
Enamorados como dos palomas:
¿Cómo pude pensar, que nuestros cuerpos
No dormirían en la misma tumba?
¡Dios te perdona!

Tú fuiste, sí, tu fuiste, la que debil
Al rebramar el temporal, bajaste
La miedosa cabeza; ¡la cabeza
Que yo había besado tantas veces!
Y huiste lejos, lejos... para siempre,
Sin darme un sólo adiós... ¡y yo moría!
¿Tú sabes lo que somos en la tierra?
Mujer ¿lo sabes?

Yo soy el fuerte pino, que se arraiga
En la roca, que nunca se doblega
Bajo apiñadas nubes de granizo
Aunque un rayo del cielo le divida!
Tú, mujer débil, eres hiedra floja
Que se arrastra en la margen del camino
Y en sus brazos oprime ¡que vergüenza
Cualquier tronco.

Tú no sabes amar. El amor puro
Que vierte Dios en este triste valle;
El que inspira la fe y odia la duda,
El que vive de amor, sin esperanza...
No lo abrigó tu corazón de barro.
Tú no sabes amar. ¡Pobre criatura!
Por esto Dios no quiso, mujer debil
Que fueras madre.

Tú apagaste mis ojos, que á los tuyos
Pedían luz; helaste, de mis labios,
Las palabras de amor, que fueron tuyas.
Tú me has robado, con la fe, la vida;
De mí, has hecho un cadáver, que se mueve
Sin sentir, sin pensar, como un autómeta...
Pues yo te adoro aún, sí; te perdono
¡Y aún te bendigo!

Traducción de

LUIS RUIZ Y CONTRERAS,

Madrid 17 Abril 91.

CONTRIBUCIÓN DE GUERRA

El martes 8 de Noviembre de 1569 acudieron á sesión extraordinaria los Regidores de Madrid Diego de Vargas, Pedro de Vozmediano, Francisco de Herrera, Alonso Martínez de Cos, Marcos de Almonacid, Miguel Cereceda, Pedro de Herrera; los Contadores Juan de Galarza y Luis de Peralta, y el Procurador general de la Villa, Nicolás Suárez, que llamados con urgencia por el Corregidor D. Antonio de Lugo, hacían todo género de comentarios y formaban conjeturas sin cuento, asombrados de que se les llamase á junta, cuando en Ayuntamiento del día anterior nada grave se había tratado, ni tenían noticia de asunto que precisase con tal premura la reunión del Concejo matritense.

Y la cosa no daba lugar á duda, era urgente: Lobeza y Medina, porteros del Municipio, habían ido casa por casa, con orden expresa del Corregidor, citando á los ediles.

Cuando entró D. Antonio de Lugo, fuese derecho á la Sala de juntas, habitación espaciosa pero de modesta apariéncia, en unas casuchas recientemente compradas, que ocupaban el sitio en que hoy

vemos edificada la primera Casa Consistorial: siguió al Corregidor el Secretario, y tras ellos marcharon los Concejales, ávidos de conocer la causa que les obligaba á reunirse tan inopinadamente.

Abrióse la sesión, dando cuenta el Secretario del despacho de oficio, que carecía de importancia y servía de enojosa dilación para los que anhelaban descubrir hasta en la mirada del Corregidor, la cuestión que á todos había picado la curiosidad.

Por fin salieron de dudas. El Secretario dió lectura de una Cédula de S. M., fechada en el Escorial á seis del propio mes, en la que exponía á la Villa la situación difícil que alcanzaba la guerra sostenida por los moriscos de Granada, necesitando el Reino auxilio de los buenos y leales vasallos para terminarla. Reclamaba, pues, Felipe II, de Madrid y de los lugares sujetos á la jurisdicción del Concejo, 500 infantes útiles y bien armados, á fin de que se hallasen en Granada, á las órdenes de D. Juan de Austria, antes de terminar el año: de estos soldados, 250 habían de ser arcabuceros, 125 ballesteros, y el resto, es decir, otros 125 piqueros; se inscribirían bajo una bandera; estarían mandados por un capitán, hijo de Madrid, y se les llamaba por cuatro meses, los dos primeros, á costa del rey, y los otros dos, mediante derrama entre vecinos y labradores.

Mucho disgustó á los Regidores la noticia, porque si era difícil sacar dinero á los habitantes del término de Madrid, no lo sería menos alistar 500 hombres, cuando ya el mozo aficionado á aventuras, habíase partido para lo que entonces se llamaba *las Indias*, no quedando en Madrid y su tierra sino gente pacífica que, bien gustaba de la labranza, bien de los asuntos, negocios y servicios de Corte; pero la real Cédula era terminante y no admitía objeciones ni distingos; se acordó cumplirla.

Mas no paró aquí el caso: dijo el Corregidor que el Monarca en persona habíale propuesto para Capitán á D. Juan de Castilla y Don Francisco de Vargas y Manrique, con el fin de que el Ayuntamiento escogiera, puesto que los dos eran naturales de Madrid, el que mejor le pareciese. Inclínose el Corregidor por el D. Francisco, quizás sugerido por el Rey, y los capitulares le proclamaron á una voz capitán de la compañía, excepción hecha de D. Pedro de Herrera, hombre de carácter enérgico, de buena inteligencia y de espíritu independiente, quien conceptuando que al imponer la autoridad real la persona que había de encargarse del mando de los soldados que Madrid enviaba á la guerra, se cometía infracción de los fueros, privilegios, ordenanzas y costumbres observadas desde tiempo inmemorial, se opuso al acuerdo, y dijo, molestado sin duda por la docilidad con que sus compañeros se doblegaban ante tal usurpación de atribuciones, que la elección de capitán constituía uno de los derechos de la Villa; y que, aun sin salir del seno de la Corporación, podría encontrarse más de un caballero hábil y diestro en el ejercicio de las armas y de la guerra que estuviese dispuesto á dar su sangre y gastar su hacienda en servicio de la nación.

Herrera, á quien no dolián prendas, no se andaba con paños calientes, y pidió la suplicación, que valía tanto como protestar de la orden. Ponerse en frente del Rey, y de un Rey como Felipe II, era empresa temeraria, y conceptuándolo así el Concejo de Madrid, desestimó el voto particular del noble y atrevido D. Pedro de Herrera.

Terminado el incidente, tomáronse varios acuerdos conducentes á cumplimentar la Real cédula y facilitar la reunión de la fuerza militar en el más breve espacio de tiempo.

A pesar del desaire, dióse comisión á Pedro de Herrera para buscar con la urgencia que el caso requería, los arcabuces, ballestas y picas que hubiera en Madrid, trayendo de Vizcaya lo que faltase hasta completar el número pedido; nombróse cirujano de la expedición á Bartolomé de Sotolongo, y quedóse el Corregidor con el encargo de llamar á los sexmeros de la tierra de Madrid para darles la mala nueva de que se les sacaba gente y ducados.

Durante los días siguientes hasta la salida de la compañía, fué grande la animación que reinó en la villa; la conversación constante era el envío de la hueste madrileña á Granada; y el conocer y agasajar á uno de los soldados que marchaban, tenía por preciada distinción entre la clase popular. El armamento de la gente de guerra, reducida finalmente á trescientas plazas, se efectuó con pasmosa prontitud, merced á la inteligente gestión del activo y aventajado D. Pedro de Herrera. Gozachu, maestro correo, se obligó á presentar terminados en plazo de diez días, por precio de tres reales uno, 150 carcaxos de badana para los ballesteros, de forma que en cada carcax cupiese una docena de virotes.

La expedición se realizó, y Felipe II, el jueves 4 de Agosto de 1570, significó al Corregidor su agradecimiento y satisfacción por la diligencia con que había organizado la mesnada, y por el valioso concurso que la compañía de Madrid había prestado. Ciertamente desconocemos el pormenor de los actos y operaciones de ésta, pero la presencia, no más, de los madrileños en la guerra de los moriscos de Granada, constituye por sí una página honrosa en los anales de la villa y corte.

CARLOS CAMBRONERO.

DEBUT

Llegué, por fin, al sacramental «he dicho», y, temiendo juzgar malo mi trabajo, ordené las cuartillas y fui á dar con mi cuerpo en la blanda cama.

Pensando en el efecto, sin duda, mágico y tremendo que mi discurso produciría, me dormí arrullado por ensueños de porvenir brillante y entreviendo el nimbo de gloria que premiaría mi elocuencia.

.....
Mi coche—porque aquel día fui en coche—se detuvo en la puerta de la calle de Floridablanca. Bajé, majestuosamente erguida la cabeza, entrecerrados los párpados, y contesté con altiva displicencia al saludo del portero, en quien creí notar algo como de prematura admiración.

Discurrían por el feo pasillo de azulejos hasta media docena de periodistas ó exdiputados. Todo el fuego, toda la animación se concentraba en el salón, lleno, como días en que se espera un escándalo. Sin duda, se aguardaba el ansiado momento en que mi—hasta la vispera—humilde persona, dirigiera la palabra al Congreso.

Entré, y con paso lento crucé el bemiciclo, sin levantar la vista; ocupé mi asiento y devolví el saludo á los amigos que me animaban para la lucha.

La primera fila de las tribunas de orden, presidencial y diplomática, estaba repleta de elegantes mujeres que acudían á no entenderme, ocupando puestos destinados á que el pueblo se entere de si sus diputados cumplen los compromisos contraídos ante la urna electoral. Sombreros, plumas, abanicos, ojos hermosos, flores, risas, murmullos... Fulanita de G, la condesita de V, las chicas de las de R, la hermosa duquesita de S y las alegres niñas de I. Toda la *crème*, en fin, todo el bello sexo que asiste á los teatros de compañía extranjera, á las Salesas, á los toros, al Ateneo, queriendo entender de todo para después hablar en la reunión de lo que han oído, dejando á los hombres la tarea de hablar de traps y moños.

Cambié un saludo con las conocidas y pedí á un secretario caramelos, que un portero se encargó de llevar á mi mujer.

Pedía un diputado datos, estadísticas, papeles y más papeles, metiéndose en donde á nadie le importaba y censurando hechos y sucesos, que ¡es claro! jamás hubiera él autorizado. Actuaba de hombre de bien y no lo hacía mal.

Allí estaba el jefe de un partido limpiando sus lentes, que después colocaba de golpe, poniendo á seguida la mano abierta sobre el vientre. Allí, el caudillo de otro partido, cruzaba una pierna sobre otra é indolentemente se recostaba sobre el codo derecho. En frente, otro jefe pedía la palabra para mostrarse escandalizado hasta de que el sol luciera. Leía un periódico otro jefe de grupo político, en tanto que otro alzaba la cabeza y cruzaba las manos en romántico ademán. Todo se volvía jefes.

Se entró en el *Orden del día* y Pérez principió su rectificación sin que nadie le oyera; es natural, me esperaban. Saqué mis papeles y repasé lo que escribiera la noche antes. Con la sangre en los ojos, tembloroso y azorado, repetí mentalmente el principio de mi discurso. «Señores diputados: No es un hombre, cuya fama vuela por los hilos del telégrafo y conmueve á una nación el que os dirige su torpe >cuán humilde palabra. No ¡ah, señores! Entiendo yo que...» Todo esto, de memoria aprendido, repasaba ensimismado, cuando la voz del presidente articuló estas para mí terribles palabras:

—El Sr. López de López, tiene la palabra.

Tembló el abanico de cristales; movieron brazos y piernas los frescos de Ribera; danzaron los escudos de las provincias y se estremecieron los candelabros, rajándose los jaspes, y creí que las tribunas con su contingente de hermosas y de feos se me venían encima: hūyeron los escaños y parecióme ver á los diputados bailando un galop infernal ante mis ojos...

Logré serenarme y las frases «Señores diputados: No es un hombre...» y lo demás salieron de mis labios. Las figuras de lindos colorines de la Fortaleza y la Elocuencia me sonrieron; una nube me envolvió, y sin tomar aliento, hablé con calor, apostrofé, grité y gesticulé en todos los tonos, con todos los estilos, alzando los brazos alto, mucho y bien.

Sonaron los aplausos de los *míos*: ensordecieron el aire las protextas de mis adversarios; *mi* gente me animaba, y, cubierto de sudor, pronuncié el sacramental «he dicho.» Estrujones, frases de encomio, bravos, abrazos y hasta lágrimas, coronaron mi obra. El jefe se me acercó y me dijo... ¿qué me dijo? Una promesa, pero no recuerdo cuál.

Mi mujer tendría nuestro tan codiciado hotel en la Castellana: tiburí, berlina, victoria, familiar, milord y hasta mail-coack. Ya me veía yo firmando la nómina de director ó subsecretario, pues, sin duda, lo sería al subir los *míos*. ¡Ah! me olvidaba: desemeñaríamos...

Se levantó García y me dirigió no sé qué argumentos, qué cosas ni qué cosas; me mantéó parlamentariamente y cuando, como los de la venta á Sancho, me dió por estropeado, se sentó.

raordi-
Vozme-
de Al-
Juan
Villa,
D. An-
conje-
cuando
ni te-
ón del

Medina,
expresa

Sala de
nas ca-
ue hoy

¿Rectifiqué? No: aquello no era rectificar. Mis amigos me apuntaban, como los chicos en la escuela, pero yo no les oía. Uno de ellos, por ayudarme, dió en leer las cuartillas de mi anterior discurso, y yo empecé á repetirlas. A las sonrisas siguieron las carcajadas, á las pullas del Presidente, los sarcasmos de los ministeriales, y yo, azorado y ciego, empecé á disparatar. Oí á mi jefe decir: «Haced callar á ese imbécil»; mis propios amigos se burlaron, me hicieron sentar, dejándome solo. Únicamente estaba á mi lado Fernández, á quien debo... muchos favores, y la ira me cegó: le pegué con todas mis fuerzas...

* *

—¡Ay, ay, ay!
—¿Qué es eso?
—Bruto, estáte quieto; me has dado dos golpes espantosos.
—¡Pobre esposa mía! No hay nada peor que dormir sobre el lado izquierdo.

ANTONIO MORA.

CONTRA LOS AMIGOS

Recuerdo haber leído algo que sobre la amistad dijo el inmortal Larra, como asimismo un bien escrito y mejor pensado artículo de Rodríguez Correa acerca de este asunto.

No obstante, yo, el más humilde de los mortales (que no por ser humilde dejo de padecer los efectos de la amistad), voy á atreverme á repetir algo de lo dicho por escritores tan ilustres, contando a priori con la benevolencia de ustedes.

Ningún país existe tan á propósito para crearse amistades como España, y sin embargo, en ninguna parte del globo truenan con más facilidad los amigos.

Acaso sea esto efecto de nuestro temperamento meridional, tal vez de nuestra peculiar idiosincrasia, pero es lo cierto que estamos acostumbrados á ver todos los días que un ciudadano se hace amigo nuestro, y al día siguiente, por cualquier fútil motivo, deja de cultivar la amistad, y es lo corriente que sea enemigo, y hasta llegue á odiarnos con toda la fuerza de su alma.

Pero no es á estos últimos á los que quiero referirme, ni tampoco España es, á mi modo de ver, la única nación predestinada á la epidemia perpetua llamada amistad, sino todo el mundo conocido: y vaya esto en descargo de la pobre España, que hartó cargada está ya con otras cosas, que sería impropio mencionar en este artículo.

Dice Cicerón, en no recuerdo cuál de sus textos, que la amistad ha sido concedida por la Naturaleza para apoyo de las virtudes y no para compañera del vicio; pero, á mi entender, ó Cicerón no tuvo nunca amigos, ó si los tuvo, los tiempos del gran orador de la antigüedad eran más abonados para la producción de la amistad.

Con una facilidad que pasma, llámase amigo al primer advenedizo que por casualidad nos da la mano, sin tener en cuenta que es más raro hallar un mediano amigo que una mosca blanca.

¡Cuántas veces he oído decir á multitud de conocidos míos!

—Chico, ¡qué discurso!

—¿Cuál?

—El de ese, el de Marcelino.

—¿Y quién es Marcelino?

—¡Hombre; ¡mi amigo Menéndez Pelayo! ¡Pues apenas si tenemos confianza los dos!

Y es lo probable, lo casi seguro, que la noche anterior haya sido presentado el individuo en cuestión al sabio catedrático, sin que éste, siquiera sea de nombre, conozca al que pretende pasar por amigo suyo.

Pero, después de todo, estos amigos á nadie perjudican sino á sí mismos, por el concepto que de ellos se forma, oyéndoles hablar. Son fantoches dotados de aparatos vocales en buen uso, que andan sueltos por el escenario de la sociedad.

¡Ah! Pero Dios os libre de que esos amigos se conviertan alguna vez en espectadores, porque entonces el más severo Aristarco queda tamañito á su lado. Las censuras salen de su boca á torrentes, y la facundia de su invectiva es tal, que hay que huir.

¡Plaza! ¡Plaza para ellos!

Hay otra especie dentro de la misma familia de los anteriores, que merece párrafo aparte, y es la de los amigos protectores.

¡Oh, los protectores!

Es su cara para vosotros barómetro cuyas variaciones os inquietan ú os tranquilizan, según el amigo esté triste ó contento. Pero no hay que asustarse; estos amigos, como sus congéneres citados, no ofenden gran cosa. Si acaso, al protegido, que debe sufrir las continuas decepciones de su superior, y mientras el ofendido sea uno...

Viene después el amigo lata, y ese, ese sí que es temible.

No pasa cosa en el mundo que pueda interesarnos más ó menos, sin que la cuente con todos sus detalles. Y si se trata de sucedido propio, entonces... echáos á temblar porque las «plagas de Egipto» nada serán en comparación con él.

Hay un medio de librarse de la desgracia, y es la de pedirle algo que represente para él sacrificio, y en seguida tocará tabletas con una rapidez que os volverá locos... de contento.

El amigo imbecil también es molesto y quizá mortifique más que los mencionados. Se dedica á oiros con atención, distingue, discute, rechaza, define y acaba por disputar. Si vé el pleito mal marado, amaina y varía de conversación; pero si os acobardais, si cedéis por prudencia ó por otra cualquier circunstancia, pasea su victoria por entre su público, público heterogéneo, que, generalmente, se compone de toda la familia, y que escucha con delicia sus zumbas de escaso gusto.

Contra este amigo, es de infallible éxito el mismo remedio que el usado contra el anterior. Pedidle algo y cesará de haceros padecer.

Son, asimismo, la oficiosidad y la indiscreción, cualidades que poseen otros.

¡Es temible el amigo oficioso é indiscreto!

Cuando, á lo mejor, creéis que todo el mundo ignora un secreto vuestro, el amigo oficioso se ha enterado de él, valiéndose de mil artes, y so pretexto de favoreceros, os arma un lío de mil diablos, del que tarde y mal soleis desenredaros.

Contra ellos podeis usar el remedio que mejor os convenga, según los casos.

¿Y el amigo falso? ¿Qué me decís del amigo que está deseando separarse de vosotros para tener el placer de ir al mentidero del café, del teatro, de sus tertulias, de su misma casa, para hacer epigramas á costa vuestra? Para decir que acabais de darle un sablazo, que habeis dicho una majadería ó que sois un tonto de capirote, cuando sablazo, majadería, tontería de capirote y bellaquería supina, son de su exclusiva pertenencia?

Siento mucho no poderos dar un remedio contra estos amigos; pero yo no lo he encontrado.

No obstante, puede que el doctor Garrido tenga alguna panacea.

Hay varias otras clases de amigos.

El amigo bruto (con perdón sea dicho), que con el desprecio se le echa fuera.

El amigo sablacista, al cual se le pone coto permitiéndole registrar nuestro bolsillo el último día de mes. (Los que cobran mensualmente, que los capitalistas tendrán que apelar á otro recurso).

El amigo petulante, al que se le puede aplicar el mismo remedio que al bruto, y otros muchos amigos, en fin, de cuyas especies no hablo por no ser más prolijo.

A propósito he dejado para lo último el amigo maestro, el amigo que reúne en sí todas las condiciones anteriormente referidas.

Contra ese no cabe más que el suicidio, ó á lo más el duelo. Su existencia es incompatible con la de cuantos le conocen.

Pero el que, en suma, merece la execración de la sociedad, el que es acreedor al desprecio más absoluto del género humano, y ni aún debe nadie ocuparse de él, es el amigo tonto, el amigo que con estúpido altruismo se cuida de todos los demás de sus conocidos, les labra el pedestal, se ocupa, tratándose de ellos, en el ya tan desacreditado oficio de faire l'article, que dicen los franceses, y todo él se vuelve bombo y platillo en una sola pieza, para regonar las buenas cualidades de sus amigos, convirtiéndose en angel trompetero de famas de doublé. Ese amigo tonto es digno de castigo infamante en garrote vil, porque, catapultada en dos pies, lanza ó pretende lanzar á la región de los elegidos, individuos apreciables; pero, en la mayor parte de los casos, inútiles á la sociedad.

Los amigos tontos debieron ser los que motivaron la frase latina: stultorum, infinitus est numero.

Y para terminar este ya largo artículo.

Cuando queráis contar el número de vuestros amigos—dijo Napoleón I—hacedlo en el día de vuestra desgracia.

B. FERRER BITTINI.

UNA VISITA Á BEETHOVEN

A tí, pobreza, cruel indigencia, compañera inseparable del artista alemán, es á quien dirijo mi primera invocación, al consignar aquí estos sagrados recuerdos. Quiero celebrarte, mi fiel patrona, á tí, que me has seguido constantemente; á tí, cuyo brazo de acero me ha preservado de las vicisitudes de una fortuna seductora y me ha librado de los rayos enervantes de su esplendor, merced á la nube espesa y sombría con que has ocultado á mis miradas las locas vanidades de este mundo. Yo estoy reconocido á tu maternal solicitud; pero ¿no podrías en adelante practicarla en favor de un nuevo protegido? Siento que la curiosidad me aguija, y quisiera, aunque fuese solamente por un día, probar á vivir sin tu influjo. ¡Perdona, austera diosa, esta loca ambición! Pero tú lees en el fondo de mi alma y conoces la devoción sincera que tendré siempre por tu culto, aun cuando cesara de ser el objeto de tu predilección. Amén.

Por la adopción de esta plegaria cotidiana habréis conocido que soy músico, y que mi patria es Alemania. Vine al mundo en una

villa de mediana importancia. Ignoro cuáles serían los propósitos de mis padres respecto á mi porvenir; recuerdo solamente que una tarde, después de oír una sinfonía de Beethoven, tuve un acceso de fiebre que me duró toda la noche, caí enfermo, y cuando me restablecí era músico.

Esta circunstancia explicará la preferencia que en lo sucesivo concedí á las obras de Beethoven: esa preciosa música que tantas veces he escuchado, era para mí una especie de cariño, una idolatría.

Mi mayor goce fué engolfarme en el estudio íntimo, profundo, de ese genio poderoso, hasta el punto que creí haberme identificado con él, hasta que mi espíritu, lleno de obligaciones cada vez más sublimes, parecióme que se convertía en una pequeña parte de aquel excepcional y maravilloso genio; hasta tal punto, en fin, que llegué al estado de exaltación, que muchas personas confunden con la locura.

Locura bien tolerable é inofensiva por cierto. Mis entusiasmos no me proporcionaban más que un trozo de pan bastante seco y una bebida de las peores, porque en Alemania no se enriquece nadie con el arte.

Después de haber maldecido de la suerte en mi buhardilla durante largo tiempo, acabé por pensar un día que el gran artista, objeto de mi profunda veneración, aún se contaba entre los vivos, y no pude menos de entristecerme de que no me hubiera pasado antes por la mente semejante idea. El hecho era que nunca, hasta entonces, había pensado en Beethoven bajo una forma humana parecida á la nuestra, y sujeto á las necesidades y los apetitos de la naturaleza. Y sin embargo, existía, viviendo en Viena y en una situación muy semejante á la mía.

Desde que lo supe no tuve un instante tranquilo; todos mis deseos, todos mis pensamientos tendían al mismo fin: ver á Beethoven. Ningún musulmán ha emprendido la peregrinación al sepulcro del Profeta con más fe ni más ardor que los que á mí me inspiraba mi proyecto. Pero ¿cómo arreglarle en ejecución? Para mí, presentábase como empresa muy difícil un viaje á Viena, para el cual era indispensable tener dinero; y yo, pobre de mí, apenas ganaba lo suficiente con que atender á las más apremiantes necesidades. Era, pues, necesario agenciarme recursos por medios excepcionales para procurarme los fondos indispensables, y con esta idea fuí á proponer á un editor la compra de una porción de sonatas para piano que había compuesto por el modelo de las de Beethoven. El mercader me demostró en pocas palabras que yo no era más que un loco de atar, con todas mis sonatas, y me aconsejó, si pretendía con el tiempo ganar algunos escudos con mi música, que comenzara por hacerme una modesta reputación, componiendo *galops* y *pot-pourris*.

Mi indignación no tuvo límites; pero el deseo apasionado que me embargaba por completo, acalló todos mis escrúpulos y me puse á componer *galops* y *pot-pourris*. Lo que hice fué abstenerme por completo ni de mirar siquiera las partituras de Beethoven, porque hubiera creído cometer una profanación vergonzosa si tal hiciera. Pero ¡ay de mí que no gané nada con haber sacrificado de tal modo mi conciencia; el honrado editor me dijo que era indispensable sentar previamente los cimientos de mi fama con una ó dos publicaciones gratuitas. Por segunda vez quedéme desconcertado, y me retiré con la desesperación en el alma. Pero aquel mismo exceso de furor y de rabia me fué propicio, porque compuse, influido por tal estado de ánimo, una porción de *galops* formidables, que al cabo me valieron algunas monedas, que me parecieron suficientes para ponerme en camino.

Entretanto, habían transcurrido dos años y temblaba solamente con la idea de que Beethoven hubiese muerto antes de haber fundado yo mi fama sobre el mérito de mis *galops* y de mis *pot-pourris*.

Pero gracias mil sean dadas á Dios que había preparado esta hora memorable para mí. ¡Oh, sagrado Beethoven, perdóname un renombre indigno, que busqué solamente para conquistar la dicha y la gloria de conocerte!

RICARDO WAGNER.

(Se continuará.)

NOTA. La nueva forma dada á esta Revista nos obliga á reproducir este artículo.

NOTICIAS

SUCESO MISTERIOSO

La prensa de la mañana refiere el hecho siguiente:

Una mujer, María Fernández Rodríguez, ha sido acusada por sus convecinos de la calle de Santiago el Verde, de haber vendido á unas señoras ricas, y por 1.500 pesetas, un hijo suyo, nacido el día 6 de este mes.

La madre y una corredora, Teresa García, que intervino en el negocio, han sido detenidas, y el Juzgado sigue activamente la pista de este suceso para depurar si se trata efectivamente de la venta de un niño ó de su cesión para que sea prohiado por personas pudientes, como lo aseguran las detenidas.

«Meeting» republicano

Anoche se verificó en el café de Biarritz (Puente de Vallecas), el importante *meeting* republicano que ya habíamos anunciado á nuestros lectores.

El acto estuvo brillantísimo.

Hicieron uso de la palabra los Sres. Sánchez, Medina, Javaloyes, Guillén, Cadiñanos, Lacost, Mestanzas, Ruíz Beneyán, Chies, Esquerdo, Hidalgo Saavedra y Mansis.

En nombre de la prensa habló el redactor de *El Liberal*, señor Trompeta.

Todos los oradores fueron extraordinariamente aplaudidos por la inmensa concurrencia que llenaba el local.

Aunque obligaciones ineludibles nos impidieron, bien á pesar nuestro, aprovechar la galante invitación que los organizadores del *meeting* nos hicieron personalmente para que asistiéramos al mismo, nos unimos de todo corazón al brillante acto que anoche realizaron nuestros correligionarios.

ECOS POLÍTICOS

Anoche continuaron en el Congreso las vistas de actas, sin que nada ocurriera de particular. Como ayer dijimos, la de Segorbe llamó la atención por la cantidad de hechos punibles que denunció el candidato derrotado nuestro amigo y correligionario Sr. Cervera.

En la de Torrelaguna, que duró cerca de dos horas, se distinguió el Sr. D. Rafael Gasset, que impugnó valientemente la validez de la elección del Sr. Esteban.

* *

Cuando el río suena...

Los ministeriales desmentían anoche que el Sr. Angulo pensase en reponer en sus destinos á los altos empleados del Ayuntamiento, dejados cesantes por el marqués de Cubas.

Pero, ya verán como resulta.

* *

Todavía colea la cuestión del aplazamiento.

Leemos en *La Correspondencia*:

«Continúa hablándose del aplazamiento de las elecciones municipales.

El gobierno, como ya hemos dicho antes de ahora, cree que sería muy conveniente este aplazamiento para el país, fatigado verdaderamente por cuatro luchas electorales sostenidas en siete meses.

Atendiendo á esto, si hay tiempo presentará en las Cortes el correspondiente proyecto de ley, para lo cual contará con las minorías, á fin de que no hagan obstrucción, pues no cree que el asunto merezca entablar una acalorada lucha parlamentaria.

¡Pue-de!

* *

Se ha dicho ayer que se retrasaría un correo la salida de los infantes deñia Eulalla y D. Antonio para América.

¿Será para dar tiempo para que hagan uniformes nuevos á los músicos de Zaragoza?

* *

La prensa oficiosa:

«No tienen fundamento las dudas de carácter legal que el nombramiento del Sr. Angulo para la alcaldía, suscita á algunos periódicos, porque el cargo de alcalde no está retribuido ni es un empleo.

Los Sres. Bosch, Mellado y otros varios, fueron nombrados para aquel puesto, siendo diputados, y á nadie se le ocurrió semejante dificultad.»

Con esta diferencia de que el Sr. Bosch, fué nombrado senador después de ocupar la alcaldía, y que el Sr. Mellado era diputado, y que la ley está bien clara: ningún senador podrá aceptar cargo alguno, etcétera, etc. Senador, ¿lo entienden los ministeriales? Todo lo demás del suelto está en razón.

DIVERSIONES

Con sabiduría empezó la compañía de opereta española que actúa en la Zarzuela sus tareas con *Miss Helyett*; pues si llega á debutar con el *Surcouf*, estrenado anoche, se lucen empresa y artistas....

No queremos entrar en comparaciones entre autores españoles, prefiriendo que el público las haga á su gusto; pero hemos de lamentar que se haya confiado al Sr. Liern, cuya *inspiración* se ha agotado ya, según viene demostrándolo con lamentable frecuencia en los teatros de esta corte, el encargo de arreglar al castellano una obra que no tuvo nada de particular ni en Francia, donde priva sin embargo, el género *patriotero*.

La música, de Planquette, es bonita, eso sí, á pesar de cuanto digan los admiradores de Valverde, Rubio y San José; pero no vale la de *Las Campanas de Carrión*.

¿Y eso de añadir *La Marsellesa* á una obra, cuya acción se des-
enlaza á principios del siglo XVIII?

¿Y esa bandera *holandesa*, sacada por los marinos franceses?

¿Y esos otros luñares mil, que mejor vale pasar en silencio?

Hemos de enviar, sin embargo, un aplauso á la señorita Pretel,
que hizo esfuerzos dignos de mejor suerte para salvar á *Surcouf*, y á
la señorita Martí, que demostró una vez más que es una verdadera
artista, cantando varios *couplets* con especial gracejo.

Pero francamente: *Surcouf* nunca salvará á empresa alguna, y
parodiando la frase que á Banquells le valió una *ovación*, diremos:
Esto va á tener un desenlace fatal.

Los Conquistadores

(Traducido del francés por M. Caro).

Cual de halcones noveles banda fiera,
cansada de miseria hosca y sombría,
soñando heroica hazaña, audaz se fia
al bravo mar la gente aventurera.

El rumbo inclinan á oriental ribera,
buscan el oro que Cipango cria;
viento providencial sus barcos guía,
é incógnito Occidente los espera!

Delante el sol que muere, atrás Europa,
la impaciencia solazan de su anhelo
los dorados celajes tropicales;

ó reclinados en la tarda popa,
de noche ven desconocido cielo
y surgir de la mar nuevos fanales.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

PASATIEMPOS

CUADRADO DE PALABRAS



Primeras líneas: el nombre de animales muy conocidos.
Segundas: Se ve en el campo.

Terceras: Lo que se suele llamar á los niños.
Cuartas: Está en nuestra cabeza.
Quintas: Lo que no son las mujeres españoles.

**

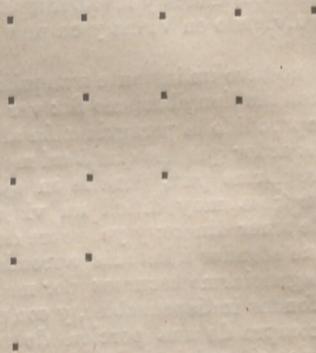
CHARADA

Yo *prima tres* por el mundo
y aunque la justicia *todo*,
en vano *segunda tercia*
y entre desdenes me ahogo.

**

TRIANGULO DE PALABRAS

(El del número anterior, rectificado.)

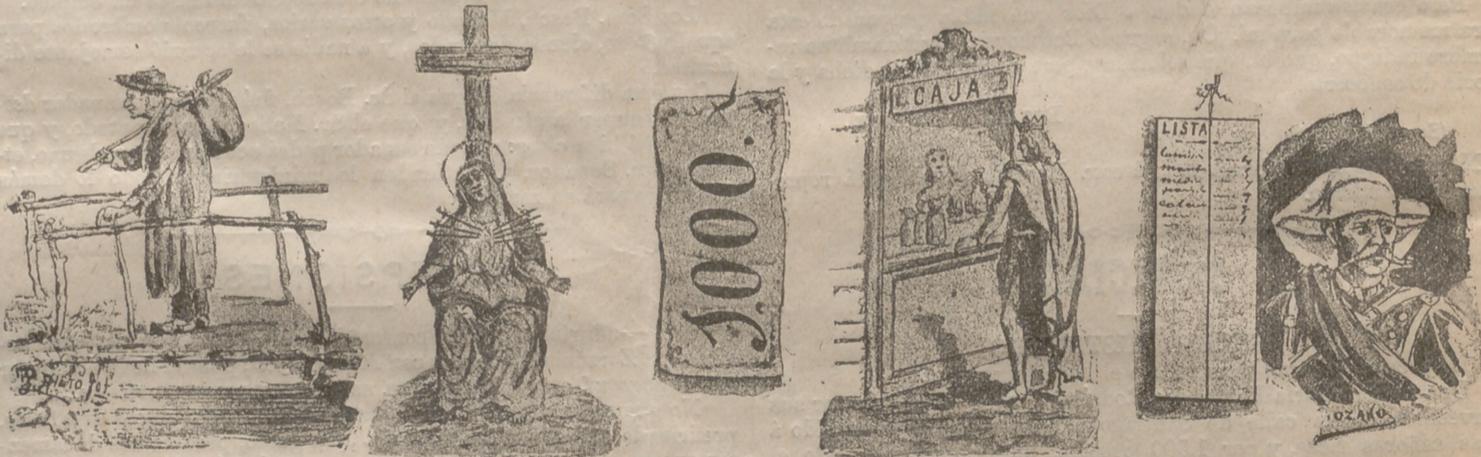


Primeras líneas: Lo que tiene delante el lector.
Segundas: Lo que tiene ahora el pueblo español.
Terceras: Imperativo de un verbo.
Cuartas: Tiempo de otro verbo muy corriente.

SOLUCIONES

A la charada del número anterior: *Republicano*.
Al geroglífico: *La verdad sólo entra en los palacios de los reyes,*
rompiendo las puertas.

GEROGLIFICO



(LA SOLUCIÓN EN EL NÚMERO PRÓXIMO)